

«LOS NUEVE MONSTRUOS» DE CESAR VALLEJO

María Jesús QUINTANA

Los *Poemas humanos* de César Vallejo fueron escritos, al parecer, entre octubre de 1931, febrero de 1932 y noviembre de 1937. Como bien dice el título, el poeta se ocupa, en los poemas que en ella se recogen, principalmente del hombre y, por consiguiente, de todo lo que le circunda e incide en él, en cuanto criatura viviente. Así, son objeto de reflexión por parte del poeta cuestiones como la muerte, el hambre, el dolor, la existencia misma y la esperanza.

Como dice Américo Ferrari¹, el hombre de los *Poemas humanos* posee tres rasgos distintivos: la orfandad, el hambre y la deuda. Todos ellos contribuyen a crear en torno al mismo un universo de dolor y sufrimiento del que es imposible escapar. ¿Por qué es huérfano el individuo y de qué? Para Vallejo, el hombre ha sido puesto en el mundo sin haberlo pedido o deseado, luego ha sido abandonado, ha quedado solo, perdido, viviendo una vida de tormento y desconsuelo. Ha sido desterrado del Absoluto, de la unidad y su vida de dolor es un camino para alcanzar la ansiada fusión con la unidad del Ser.

El hambre se manifiesta en el individuo bajo dos aspectos. Por un lado está referida a una carencia fisiológica y, por otro, a una privación de carácter espiritual (*La rueda del hambriento, Poemas humanos*)².

Con frecuencia se preguntó Vallejo por la causa del sufrimiento en el hombre y, casi siempre, la única respuesta fue la duda, la incertidumbre. Su quehacer poético le llevó a indagar continuamente en esos ocultos motivos del dolor humano, de tal manera que llegó a pensar que el hombre ha de sufrir para pagar una deuda que debe al mundo por el hecho de estar en él, ocupando un lugar, comiendo un pan, que quizás correspondería a otro que no tiene nada. Esta deuda no es solamente material, ya que toca lo espiritual separando al hombre del otro, lo que impide la unidad del Ser. Así pues, «se debe todo a todos» y por tanto se es culpable con todos los seres de la tierra. (*Escarnecido, aclimatado al bien, mórbido... P.H.*)³.

La vida del hombre —huérfano, hambriento y deudor— la ve Vallejo bajo dos aspectos: la vida es objetivamente espantosa, pero es también deseada, querida, porque es el camino hacia la muerte, en la que el hombre encontrará la Unidad. Por tanto, vivir es morir, el hombre cuando muere «coincide con él mismo. El tiempo, la existencia, ya no se dispersan hacia afuera, ni se multiplican»⁴. No obstante, Vallejo presenta también una concepción negativa de la muerte, puesto que acaba con la vida, con lo conocido. El poeta no está seguro en todo momento de que después de la muerte exista algo.

A tenor de esto, existe en su poesía una correlación entre la certeza del dolor de la vida y la incertidumbre de esa posible Unidad de la muerte, de ese encuentro con el Ser al que el hombre aspira, para verse liberado finalmente de las cadenas de la angustia. Todas estas concepciones de la muerte no siguen en la obra de Vallejo una línea progresiva, al contrario, aparecen entremezcladas unas a otras, sin que el autor se incline especialmente hacia alguna de ellas. Si, como hemos visto, la muerte se le presenta al autor como un campo poblado de cuestiones a dilucidar, la vida, sin embargo, está considerada por César Vallejo, sin duda alguna, como un mal irremediable y del que hay que congratularse, pues a través de él se alcanzará un bien que compensará acaso el terrible dolor padecido previamente: «En suma, no poseo para expresar mi vida, sino / mi muerte»⁵.

Hasta ahora, parece que la única esperanza del hombre está en la muerte. Sin embargo, Vallejo cree en otra solución para combatir el dolor: la esperanza en el hombre en cuanto tal, que le llevará a unirse a sus semejantes y esa unidad será el punto de partida para el conocimiento del Absoluto y, por consiguiente, para la liberación del sufrimiento: «Hombre mío en rechazo y observación, vecino / en cuyo cuello enorme sube y baja, /al natural, sin hilo, mi esperanza...»⁶.

Acerquémonos ahora al poema *Los nueve monstruos* para ilustrar mejor este universo doliente del autor:

1. Y, desgraciadamente
el dolor crece en el mundo a cada rato,
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso
y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces

5. y la condición del martirio, carnívora, voraz,
es el dolor dos veces
y la función de la yerba purísima, el dolor
dos veces
y el bien de ser, dolernos doblemente.

10. ¡Jamás, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa,
en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tanto cariño doloroso,

15. jamás tan cerca arremetió lo lejos,
jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto!
¡Jamás, señor ministro de salud, fue la salud
más mortal

20. y la migraña extrajo tanta frente de la frente!
y el mueble tuvo en su cajón, dolor,
y el corazón, en su cajón, dolor,
la lagartija, en su cajón, dolor.
- ¡Crece la desdicha, hermanos hombres,
25. más pronto que la máquina, a diez máquinas, y crece
con la res de Rousseau, con nuestras barbas;
crece el mal por razones que ignoramos
y es una inundación con propios líquidos,
con propio barro y propia nube sólida!
30. Invierte el sufrimiento posiciones, da función
en que el humor acuoso es vertical
al pavimento,
el ojo es visto y esta oreja oída,
y esta oreja da nueve campanadas a la hora
35. del rayo, y nueve carcajadas
a la hora del trigo, y nueve sones hembras
a la hora del llanto, y nueve cánticos
a la hora del hambre y nueve truenos
y nueve látigos, menos un grito.
40. El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, del perfil,
y nos aloca en los cinemas,
y nos clava en los gramófonos,
nos desclava en los lechos, cae perpendicularmente
45. a nuestros boletos, a nuestras cartas;
y es muy grave sufrir, puede uno orar...
Pues de resultas
del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren,
50. y otros que nacen y no mueren, otros
que sin haber nacido, mueren, y otros
que no nacen ni mueren (son los más).
Y también de resultas
del sufrimiento, estoy triste
55. hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,
al ver al pan, crucificado, al nabo,
ensangrentado,
llorando a la cebolla,
al cereal, en general, harina,
60. a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,
al vino, un ecce-homo,
tan pálida a la nieve, al sol tan ardido!
¡Cómo, hermanos humanos,
no deciros que ya no puedo y

65. ya no puedo con tanto cajón,
 tanto minuto, tanta
 lagartija y tanta
 inversión, tanto lejos y tanta sed de sed!
 Señor Ministro de Salud: ¿qué hacer?
70. ¡Ah! desgraciadamente, hombres humanos,
 hay, hermanos, muchísimo que hacer.

El poema está dividido en cuatro estrofas irregulares, frecuentes en el libro *Poemas humanos*. La primera estrofa consta de nueve versos, la segunda de catorce, la tercera de dieciséis y la cuarta de treinta y dos. También los versos son irregulares en cuanto a su número de sílabas. Predominan los endecasílabos y heptasílabos, aunque son frecuentes también los versos que sobrepasan las catorce sílabas del alejandrino. Esta disposición irregular de la métrica responde, lo mismo que otros elementos del poema que enseguida veremos, a explicar la magnitud del dolor del que habla el poeta y sus consecuencias en el mundo físico y espiritual del hombre.

Comienza el primer verso con la conjunción «Y», que no cumple una función copulativa, como sería de esperar, sino que parece servir de simple apoyo para empezar a hablar después de una pausa. Continúa con un adverbio de modo, «desgraciadamente», que ocupa el primer verso casi por completo, además está entre comas como una explicación intencionada y nos introduce ya en el asunto del poema. Hecha esta salvedad por parte del autor, pasa a hablarnos del dolor, tema central y único del poema. Este asunto, que se repite a lo largo de la composición, es el primer ejemplo de reiteración que nos encontramos.

Varias construcciones sintácticas fundamentales se nos presentan en estos versos:

- «a cada rato» (v.2)
 «treinta minutos por segundo» (v.3)
 «paso a paso» (v.3)

Se trata de tres complementos circunstanciales de tiempo, referidos al verbo «crecer», que no significa 'crecer' exactamente sino 'devorar', por la velocidad con que se desarrolla la acción: «Treinta minutos por segundo». Se trata, esta última, de una construcción inusitada que nos afirma la intensidad del dolor, pues en un segundo se sufre lo mismo que en el espacio de treinta minutos.

«¿Cómo es ese dolor? «es el dolor dos veces». No es vana, en esta definición, la repetición de la palabra «dolor», ni el uso del circunstancial de cantidad «dos veces», que se repetirá con el mismo fin en los versos 6, 8 y 9 («dolernos doblemente»), aunque aquí con una ligera variación, pues cambia el sustantivo «dolor» por el verbo correspondiente y el adjetivo numeral «dos» pasa a adverbio de modo. El dolor es siempre el dolor «dos veces»: «una en el ser y otra en la conciencia del ser», como afirma Américo Ferrari⁷.

En los versos 4, 5, 7 y 9 aparece una construcción sintáctica que se repite. Veamos:

- v.4. «y la naturaleza del dolor»
- v.5. «y la condición del martirio»
- v.7. «y la función de la yerba»
- v.9. «y el bien de sér»

En los versos 4 y 5 se repite la misma idea pero en el verso 7 el dolor está referido a algo material y cotidiano («la función de la yerba») y, en el verso 9, identifica el dolor con «el bien de sér», de tal manera que el hecho de existir nos hace sufrir doblemente, primero porque el dolor es intrínseco al hombre y segundo porque la vida misma es sufriendo.

En esta estrofa se acumulan las repeticiones de fórmulas sintácticas idénticas y las anáforas (la conjunción «y» se repite en el inicio de los versos 1, 4, 5, 7 y 9).

A partir del v.10, el poeta insiste en la brutalidad del dolor: (v.10) «jamás», un adverbio de tiempo con el que se excluye la posibilidad de que en otra época se haya padecido tanto como en la presente. Le sigue un vocativo, «hombres humanos», que permite una doble interpretación, puesto que «humanos» puede estar empleado como adjetivo que indique «comprensión», «afecto», «bondad», o puede ser un elemento redundante, ya que el hombre debiera representar lo humano por autonomasia. Sigue a esta llamada al prójimo una acumulación de objetos materiales a los que se les ha atribuido la capacidad de sentir dolor. Estos objetos son muy dispares: «pecho», «solapa», «cartera», «vaso», «carnicería», «aritmética». Así pues, no sólo el hombre sufre sino también todo aquello que configura su entorno diario. Después de esta larga exclamación, acumula otras encabezadas por el adverbio de tiempo «jamás» que responde en su uso a la función señalada más arriba. En estas construcciones reúne elementos contrapuestos:

- v.14. «cariño doloroso»
- v.15. «cerca...lejos»
- v.16,17. «fuego...frío»
- v.18,19. «salud...mortal»

En el verso 16 aparece el adverbio de tiempo «nunca» que refuerza la función de la anáfora de «jamás» entre los versos 10, 14, 15, 16 y 18.

Esta enumeración de objetos materiales, escogidos arbitrariamente de entre otros muchos que rodean al individuo, dispuesta desordenadamente e incluso manifestando una terrible confusión, que viene dada por las antítesis de los versos 14, 15, 16, 17 y 19, demuestra una concepción negativa del mundo por parte del autor, que se dirige suplicante al «ministro de salud», con una patética afirmación: la salud es mortal. La salud, que normalmente se considera un bien imprescindible para la vida se convierte por medio del dolor en algo tan temido como la muerte. En el v.20 el dolor está dentro de uno de sus contextos habituales, el cuerpo humano: el dolor de cabeza. Dicho así, no nos está aportando nada nuevo, por esta razón el poeta habla de una migraña que extrae «tanta frente de la frente». Ya el verbo *extraer* connota violencia, pero si en vez de arrancar dolor lo que hace es destruir la propia frente, esto nos demuestra que se trata de un sufrimiento desmedido.

Los versos 21, 22 y 23 siguen una misma fórmula sintáctica, su reiteración explica un universo dolorido (objetos, personas y animales), que en los versos anteriores quedaba diseminado y que ahora se concentra en estos tres versos. En ellos la palabra clave es «cajón», entendida como *esencia*.

Continúan predominando en esta estrofa las construcciones paralelas, las repeticiones, las anáforas y la escasez de verbos.

En la estrofa tercera reina la confusión y el desorden provocados por el inconmesurable dolor. Es significativo que en los dieciséis versos que la componen no aparezca en ningún momento el significante *dolor*. Sí encontramos palabras que pertenecen al mismo campo semántico pero son las menos: v.24 «desdicha», v.30 «sufrimiento» y v.27 «mal». Así pues, no aparece la palabra *dolor*, muy frecuente en el resto de las estrofas, y los significantes referidos a este sentimiento son muy escasos. Sin embargo, las consecuencias del dolor están llevadas en esta estrofa a extremos escalofriantes. ¿Cómo nos indica esto Vallejo? En primer lugar, con la repetición del verbo «crecer» en los versos 24, 25 y 27. Se trata de una rápida progresión del dolor que acaba en «inundación» (v.28), que para ser más desmesurada tiene sus «propios líquidos», su «propio barro», «su propia nube sólida». En este último sintagma, donde a «nube» se le añade ese calificativo inusitado, «sólida», (las nubes jamás son sólidas), queda patente el caos que trae consigo la inundación del dolor. Y este caos irá *in crescendo* hasta el final del poema. Así se manifiesta en los encabalgamientos de los versos 31-32 y 34-35, en los cuales el entorno habitual queda al revés:

«Invierte el sufrimiento en posiciones, da función
en que el humor acuoso es vertical
al pavimento,
el ojo es visto y esta oreja oída»

En los versos siguientes, el número nueve aparece repetidas veces:

- v.34. «nueve campanadas»
- v.35. «nueve carcajadas»
- v.36. «nueve sonos hembras»
- v.37. «nueve cánticos»
- v.38. «nueve truenos»
- v.39. «nueve látigos»

Este número nueve indica la destrucción infernal de todo⁸. El mal ha extendido sus brazos y destruye el mundo. Los versos 36, 37 y 38 tienen una estructura sintáctica semejante:

- preposición + SN + Sdetr.+ conjunción + numeral + SN
- v.36. a + la hora + del trigo + y + nueve + sonos hembras
 - v.37. a + la hora + del llanto + y + nueve + cánticos
 - v.38. a + la hora + del hambre + y + nueve + truenos

Hay una pareja de sustantivos en cada verso. En el primero aparece «trigo» - «sones», en el segundo verso, dos sustantivos contrapuestos se emparejan «llanto» - «cántico», y en el tercero se une «hambre» con «trueno». El sentimiento de angustia se va acelerando hasta llegar al horror del trueno: el trigo, alimento que connota bienestar está relacionado con la suavidad del son; el llanto, que implica por lo general dolor, va unido a cántico, que connota un movimiento más enérgico que el son; el hambre, siempre motivo de dolor en la poesía de Vallejo, va unida a trueno, que conlleva en su significado una violencia extrema.

Habíamos dicho que el número nueve simbolizaba la destrucción infernal y que, con este significado, aparecía en esta estrofa. Pues bien, creemos que la misma función tiene el número de versos de la primera estrofa -nueve-, las diecinueve palabras relativas al dolor que aparecen en el poema, el número total de versos del poema -sesenta y nueve-, y el mismo título de la composición, *Los nueve monstruos*. Respecto al número total de versos del poema, debemos hacer una aclaración. Según Américo Ferrari, en su estudio sobre Vallejo⁹, el poema consta de sesenta y nueve versos, pero en otras ediciones que hemos manejado¹⁰ aparecen setenta o setenta y uno. Teniendo en cuenta el significativo valor del número nueve en el poema, nos inclinamos a seguir a Ferrari.

En la tercera estrofa leemos:

«El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, de perfil
y nos aloca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos,
nos desclava en los lechos, cae perpendicularmente
a nuestros boletos, a nuestras cartas».

En estos versos el sufrimiento sigue aumentando y las formas verbales lo demuestran: «agarra», «aloca», «clava», su contrario «desclava» y «cae» son versos que llevan en su contenido semántico un matiz de violencia y de movimiento agresivo. Su disposición en los versos anteriores nos descubre una imagen del hombre perdido, desorientado y víctima del dolor que invade todos los aspectos de la vida: esparcimiento («gramófonos», «cinemas»), intimidad («lechos», «cartas» «boletos»). Como dice el poeta «es muy grave sufrir» (v.46), pero él mismo anuncia una esperanza, por primera vez en el poema: «puede uno orar...». Pero se queda en la sugerencia nada más.

La base en la que se sustentan los versos siguientes es verbal. A lo largo de seis versos sólo aparece un sustantivo «dolor» (v.48). Figura en estos versos una expresión del lenguaje coloquial, tan frecuente en los *Poemas humanos*: «pues de resultas» (v.47), que luego se repetirá en el verso 53. (Si el dolor es tan habitual como se ha venido manifestando hasta ahora, una buena manera de hacer evidente esa peculiaridad es mediante los giros coloquiales del lenguaje). Volvamos con los verbos, relacionados unos con la vida (nacer, crecer) y otro con la muerte (morir): en el verso 49, los verbos nos indican la evolución lógica de la vida de una persona, «nacen», «crecen» y «mueren». En el verso 50 surge la consecuencia insólita del dolor. A causa del mismo hay gentes que «nacen y no mueren»,

otras que no nacen pero «mueren» y otras que «no nacen ni mueren». Este juego con los verbos *nacer* y *morir* está en función de la potestad del dolor, lo mismo que el efecto de amontonamiento que producen los encabalgamientos de los versos 50-51 y 51-52.

Vallejo nos habla de sus sentimientos frente a la intensidad del dolor. La tristeza lo invade: «...estoy triste / hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo», su amargura es total al ver:

«...el pan, crucificado, al nabo,
ensangrentado,
llorando, a la cebolla,
al cereal, en general, harina,
a la sal, hecha polvo, al agua huyendo,
al vino, un ecce-homo,
tan pálida a la nieve, al sol tan ardiol».

De nuevo el poeta enumera elementos del mundo cotidiano. Los de estos versos están referidos a la alimentación («pan», «nabo», «cebolla», «sal», «vino», «agua») y cada uno de ellos refleja dolor. Así nos muestra el pan como símbolo cristiano de la Crucifixión, al nabo ensangrentado por contigüidad a su color, a la cebolla llorando ella misma, cuando en realidad hace llorar, al cereal y la sal pulverizados. Lo mismo que en los versos de la segunda estrofa la «cartera», el «vaso», la «carnicería» sufrían, también aquí el «agua», la «cebolla», el «pan», el «nabo» sufren al igual que lo hace el hombre. El poeta ve toda la naturaleza unida al sufrimiento.

Vallejo cree que el hombre es capaz de redimirse mediante la solidaridad humana. Desde el momento en que los hombres se unan, aunque sea en el dolor, desde el momento en que el hombre pierda su conciencia individual y se identifique con el sufrimiento de la colectividad, existirá la posibilidad de salvación.

Esta última estrofa que venimos tratando cierra el poema con unos versos que funcionan a modo de resumen de todo lo expuesto anteriormente por el poeta:

«Ya no puedo con tanto cajón,
tanto minuto, tanta
lagartija y tanta
inversión, tanto lejos y tanta sed de sed!»

Como vemos, el poeta hace referencia, en apretada y acertada síntesis, a todos aquellos aspectos de la vida que sufren dolor y a la repercusión que en los mismos produce el sufrimiento.

En el verso 69 hay nuevamente una llamada al «Ministro de Salud», como ocurría en el verso 18, y tiene aquí la misma finalidad que en su primera aparición. El poema termina con una exclamación esperanzadora:

«¡Ah! desgraciadamente, hombres humanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer»

El poeta llama a los hombres a luchar contra el mal. Se trata de un trabajo duro y penoso («desgraciadamente») pero ante las miserias que el mundo ofrece al hombre, todos los hombres unidos en el dolor deberán luchar contra la desdicha.

1. FERRARI, Américo: *El universo poético de César Vallejo*. Caracas, Monte Avila Editores, 1972, pág. 117.
 2. *Poemas humanos*. Ed. Laia, 2ª edc. Barcelona 1979, pág. 57.
 3. *Poemas humanos*, 2ª edc. Ed. Laia, Barcelona 1979, págs. 77-78.
 4. FERRARI, Américo: *El universo poético de César Vallejo. op. cit.*
 5. *Poemas humanos*. Ed. Laia, 2ª edc., Barcelona 1979, pág. 66.
 6. *Op. cit.*, págs. 33-34.
 7. *Op. cit.*, pág. 149.
 8. ARTAUD, Antonin: *Les nouvelles révélations de l'Être. Oeuvres Completes*, vol VII. Gallimard, París 1967, págs. 162-163.
 9. *Op. cit.*, pág. 314.
 10. *Poemas humanos op. cit.*, Barcelona 1979, pág. 34.
- VALLEJO, César: *Poemas en prosa. Poemas humanos. España, aparta de mí este cáliz*. Buenos Aires, Losada 1974.